

INTRODUCCIÓN A LA LINGÜÍSTICA

ARIEL LINGÜÍSTICA

VIDAL LAMIQUIZ

LENGUA ESPAÑOLA

Método y estructuras lingüísticas

FOTOCOPIADORA	
410 CEHCE	
.....	
Folio 32	S/F 1
	D/F 5

410 - - 32

EDITORIAL ARIEL, S. A.
BARCELONA

2.1. LA LINGÜÍSTICA Y LAS CIENCIAS HUMANAS

2.1.1. La ciencia actual

El ansia de conocer y de saber es connatural al hombre. Toda investigación científica se basa en la necesidad del hombre de «ver» con mayor claridad respecto a sí mismo y respecto al mundo en que vive.

Es innegable que todo hombre se encuentra más o menos subordinado al espíritu de su tiempo. Estamos convencidos de que un científico es hombre de su época, época que se caracteriza por cierta disposición epistemológica que impone la organización de ciencia en ese momento de pensamiento histórico.

Nos ha caído en suerte vivir una época interesantísima de la historia de la humanidad, momento de reajuste del saber en crisis de conciencia con un cambio en la jerarquía de valores. Se ha llegado a conceptos radicalmente nuevos, tras el inmutable concepto del mundo heredado del gran período clásico de la ciencia. Hemos pasado de la preocupación por el saber de las cosas a un interés por el saber del hombre.

Esto ha supuesto, en primer lugar, una imperiosa necesidad de completar el conocimiento teórico con una aplicación práctica, la cual no anula la teoría, sino que, al contrario, la requiere con mayor insistencia, pero sí modifica el orden jerárquico de atención. La velocidad en que vivimos, con el caudal de descubrimientos y el avance tecnológico que camina hoy a pasos agigantados, van precedidos por el avance de la ciencia teórica, la cual, a su vez, se usufructúa para avanzar a mayor velocidad aún en el pragmatismo.

Por otra parte, el radical cambio se manifiesta al mismo tiempo por el paso del conocimiento aislado al conocimiento relacionado y, en consecuencia, al valor relativo, aniquilando todo tipo de consideración aislada. Cuando se comprende la relación existente entre hechos que se consideraban separados o autónomos, se alcanza una nueva dimensión de conocimientos. Tal ocurrió a Einstein, que demostró la relatividad del espacio y del tiempo.

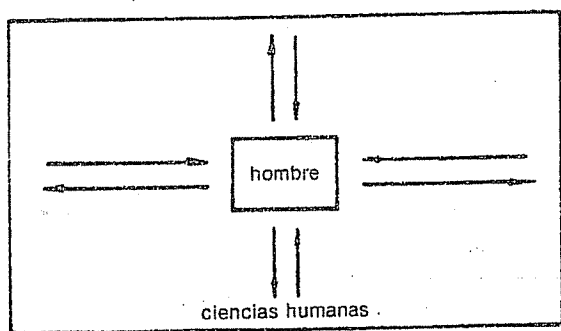
Los cambios revolucionarios que se han producido en el mundo de la ciencia, especialmente en el campo de la física, de la química, de la biología y, también, en el dominio de las ciencias humanas, se han conseguido por el descubrimiento de nuevas formas de pensar sobre los mismos. Los hechos han sido verdaderamente sorprendentes, importantes y numerosos, pero todavía han sido más trascendentales los nuevos ámbitos de investigación, como la electrónica, la teoría del gene, la catálisis, la relatividad...

Hay pensadores que sitúan esta transcendental transmutación del enfoque científico hacia 1890; otros dan como fecha del nacimiento de la nueva ciencia el año 1905. No hay necesidad de tal precisión. El cambio de pensamiento se realiza paulatinamente y podemos decir que el actual se gestó desde finales del siglo XVIII y principios del XIX. Consideremos más bien las consecuencias que vivimos y la importancia que hoy, en nuestra segunda mitad del siglo XX, han adquirido los criterios del ambientalismo en todos sus aspectos y, en uno de ellos, las llamadas ciencias humanas, entre las cuales se encuentra la lingüística, que nos interesa esencialmente.

2.1.2. Las ciencias humanas

Las ciencias humanas ocupan un lugar importante en el espacio teórico de la época actual. M. Foucault concluye su reconstrucción de las configuraciones mentales que dan cuenta de la naturaleza de las cosas, *Las palabras y las cosas*, con las siguientes líneas: «Puede estarse seguro de que el hombre es una invención reciente. El saber no ha rondado durante largo tiempo en torno a él y a sus secretos. De hecho, entre todas las mutaciones que han afectado al saber de las cosas y de su orden, una sola dejó aparecer la figura del hombre. Y no se trató de la liberación de una vieja inquietud, del paso a la conciencia luminosa de una preocupación milenaria, del acceso a la objetividad de lo que desde hacía mucho tiempo permanecía preso en las creencias o en las filosofías: fue el efecto de un cambio en las disposiciones fundamentales del saber. El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento.»

Pero, ¿cuáles son esas ciencias humanas? Todas las que giran alrededor del conocimiento teórico-práctico del hombre, el cual constituye el centro de la respectiva investigación peculiar de cada una de ellas. Unas son antiguas y tradicionales pero han sido reenfocadas hacia ese centro de interés: así, la filosofía; también la historia, ya no como sucesión de hechos, sino como condicionamiento del vivir humano en las circunstancias de cada momento; igualmente la geografía, reorganizada como geografía humana. Otras de nueva sistematización, como la psicología, la sociología, la antropología... Y nuestra lingüística.



Citarlas así, en serie incompleta y sin perfecta caracterización, sería superficial si no tuviéramos en cuenta nuestro único fin: situar la lengua como una más de estas ciencias humanas que se refieren al hombre, que en él se reúnen y que en cualquier manifestación del hombre se exteriorizan conjuntamente e interrelacionadas.

Con frecuencia se han contrapuesto las ciencias llamadas exactas a estas ciencias humanas. Dentro de la relatividad, que toda ciencia manifiesta, ya sea exacta ya humana, a datos más concretos y delimitados corresponderán conclusiones más seguras en la búsqueda de verdades absolutas que toda ciencia persigue. Por ello, las ciencias humanas no pueden reivindicar la exactitud y la validez objetivas en la misma medida que las ciencias exactas. Los acontecimientos que se refieren al hombre son más complejos. Con mayor dificultad estas ciencias humanas alcanzan la exactitud de la indagación. Exigen tanta o mayor agudeza que las ciencias exactas, como tendremos ocasión de experimentarlo en nuestro estudio de la lingüística. Cuanto más complejo es el fenómeno que se investiga, cuantas más incógnitas ofrezca su ecuación, mayor meticulosidad y espíritu crítico se requiere para llegar a resolverlo.

Esta complejidad queda manifiesta en la consideración del ambientalismo del contorno humano. Por ambientalismo se suele entender hoy, vulgarmente, lo referente a la contaminación del aire o de las aguas y, al extremo, los problemas que estudia la ecología. Pero sin tal restricción y en un enfoque más exacto, su estudio se refiere a todas las ciencias humanas. Hay que tener en cuenta la circunstancia de que los condicionamientos ambientales externos de que tratan la historia, la política, la sociología, la antropología, la lingüística, ... se hacen ambientalismo interno en el hombre que los relaciona en sí mismo y los reelabora, al mismo tiempo que los goza o los sufre, hasta que se vuelven a exteriorizar en un nuevo ambientalismo externo. Se convierten así en una constante einstiana de variabilidad con su participación en una perpetua cadena interrelacionada de creatividad. Ahí se encuentra, pues, entre las demás ciencias del hombre, la lingüística que a nosotros nos interesa más particularmente, así como el desarrollo de ciertos aspectos relacionados, como la sociolingüística, la etnolingüística, la geografía lingüística, la psicolingüística...

Estas circunstancias subrayan la importancia del método de investigación que se emplea en las ciencias humanas y la mutua influencia, también metodológica, que se deriva. Si, como veremos, el método que ha señalado la lingüística ha sido acomodado a otras ciencias humanas, si los moldes lingüísticos se han aplicado fuera de nuestra ciencia, los criterios metodológicos de las diversas ciencias humanas pueden emplearse con fruto en la investigación lingüística. La interrelación es, incluso, metodológica.

Además, las ciencias humanas, y entre ellas la lingüística, son ciencias de amplio matiz experimental. La información que ofrecen es resultado de una larga serie de observaciones. Los experimentos son dirigidos por la correspondiente teoría de conocimientos, al igual que ocurre en la física o en la química. Esto significa, por un lado, una necesidad de equipo instrumental y, por otro, una interrelación con las ciencias exactas. Pero sería un error adscribir la lingüística y otras ciencias humanas entre las disciplinas matemáticas y físicas a causa de ciertos aspectos físicos o estadísticos que, en efecto, se investigan.

Resumiendo los conceptos generales expuestos, recordemos que la ciencia empezó con la filosofía: filósofo era el amante del saber. El progreso de la ciencia obligó a la especialización y se continuó la investigación diferenciada en campos y disciplinas situados casi en compartimientos estancos. Hoy se impone la solidaridad científica, el trabajo en equipo de especialistas. Las ciencias humanas piden un estudio de la complejidad realizado como una visión totalizadora. Refiriéndonos concretamente a la investigación lingüística, la dificultad radica en sus exigencias de universalidad, visión general y capacidad de síntesis entre métodos y áreas de estudio aparentemente dispares. Pero ahí radica también la explicación del atractivo que ejerce.

2.1.3. El logos y el diálogo

Todos hemos visto y oído tantas veces repetido el famoso texto de Aristóteles, en su *Política*, que define al hombre como *zoon logon*. Siempre ha sido interpretado como «animal racional».

Científicamente recuerda E. Lledó que la perspectiva del lenguaje pretende recobrar una parte del horizonte hacia el que los griegos orientaron el pensamiento filosófico, enfoque que ha sido olvidado y oscurecido. Añade que Aristóteles, en otro contexto ambiental de pensamiento, en otra órbita semántica no quería decir el «animal racional» de la poco afortunada interpretación latina, que sólo traduce una parte del significado y enmascara otra parte esencial. «Tener logos era la característica por la que el hombre se despega de su contexto animal y se inserta en su esencia. Pero logos es más que *rationale*, porque originariamente, y a lo largo de su evolución en la filosofía griega, su significado implicó una relación imprescindible con la expresión, con el pensamiento expresado, con la palabra.» Esta interpretación nos parece oportuna en grado sumo.

También X. Zubiri lo había explicado de modo magistral cuando, tras subrayar el extraño poder de que dispone el hombre de entender y manifestar lo que hace, dice: «El hombre es un ser viviente dotado de logos. El logos nos da a entender lo que las cosas son. Y al expresarlo, las da a entender a los demás.» Y añade: «De esta suerte, el logos, además de hacer posible la existencia del hombre, hace posible esa forma de coexistencia humana que llamamos convivencia.» Nos encontramos ante el *zoon politicon*; de manera que viene a ser indiferente interpretar al hombre como animal dotado de logos o como animal político o social, que implica el logos.

No cabe la menor duda de que, sin palabra, el hombre correría el riesgo de deshumanizarse al no poder desarrollar todas las características que le son propias precisamente a causa de la lengua. Con ella exterioriza sus sentimientos, ella le sirve para reflexionar, para conocerse a sí mismo y para conocer a los demás, para la transmisión de los descubrimientos y hallazgos, lo cual hace que la ciencia avance y se perpetúe, para la intercomunicación con todas sus amplias consecuencias en la sociedad humana. En el otro extremo, la lengua permite al hombre elevar su potencial de humanización.

Si en el apartado anterior, partiendo del amplio campo de la ciencia en general, hemos delimitado el dominio que corresponde a las ciencias humanas, incluida entre ellas la lingüística (cfr 2.1.2.), ahora podemos subrayar el lugar central que ocupa la lingüística dentro de ese conjunto que forman las ciencias humanas. La lingüística compete a la esencia humana del hombre; su transcendencia se extiende por todas las demás ciencias que convergen en el hombre, las hace posibles. Y, a través del hombre, posibilita la sociedad humana. En la lengua se fundamenta la conversación, la más humana de las actividades del hombre. Todos sabemos el poder de las fuerzas estudiadas por la física, la química o la biología. Sin embargo, las fuerzas estudiadas por la lingüística son tan poderosas e importantes que sus principios controlan toda clase de acuerdo y comprensión entre los seres humanos. Es el diálogo, a través y a lo largo de las palabras, el que lo consigue.

Añade E. Lledó: «Si, como decía Hegel, la filosofía es la historia hecha conceptos, el lenguaje, podemos glosar nosotros, es la historia hecha palabra. Porque sólo a través de ella nos hablan las palabras. Sólo a través de la historia, y, por supuesto, a través del sistema en que viven las palabras, puede plantearse en serio el problema de una significación y, por tanto, el ajuste de estos dos planos.» El lenguaje viene a ser el último y

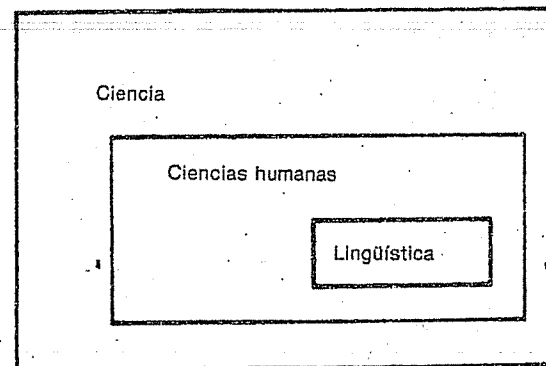
más profundo problema del pensamiento filosófico, de toda la ciencia. Y, en opinión de Ch. Morris, el lenguaje es de una importancia tan capital que se convierte en tema de interés en épocas de intenso reajuste de la sociedad.

2.1.4. Bibliografía

- M. BUNGE: *Lingüística y filosofía*. Barcelona, Ariel, 1983.
 J. L. L. ARANGUREN: *La comunicación humana*. Madrid, Guadarrama, 1975.
 E. LLEDÓ: *Filosofía y lenguaje*. Barcelona, Ariel, 1970.

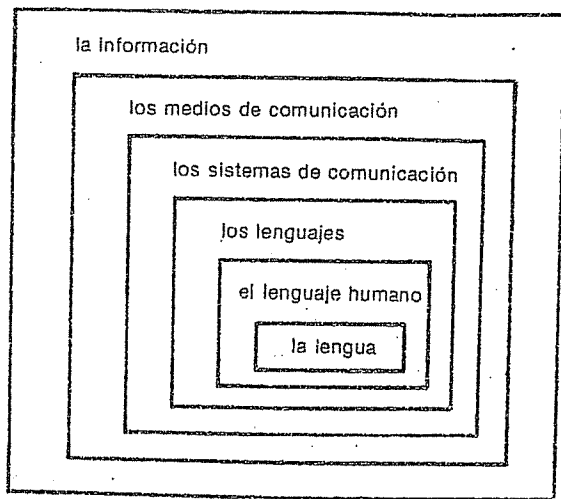
2.2. LA LINGÜÍSTICA Y LA COMUNICACIÓN

En el capítulo anterior (cfr 2.1.) hemos ido discurriendo progresivamente desde lo más amplio y general, la ciencia, pasando por una de las parcelas constituida por las ciencias humanas, para llegar a nuestro dominio propio: la lingüística. En sencillo gráfico didáctico:



En el capítulo que ahora iniciamos, nos situaremos en otra rama de matizaciones restrictivas en función del fin último y primordial de la lingüística, cual es la **comunicación humana**.

Comenzaremos por la teoría de la información, aspecto que se nos ofrece ahora, a su vez, como muy general en el campo de la comunicación. En este campo consideraremos los medios de comunicación y, de entre esos medios, entresacamos los sistemas de comunicación. Nos encontraremos con los lenguajes y, en ellos, precisaremos y concretaremos el lenguaje humano. Finalmente, definiremos la lengua. Yendo, pues, de lo más general a lo más particular, en gráfico paralelo al anterior y que, al mismo tiempo, lo completa:



También puede pensarse este esquema en forma de pirámide ascendente cuya construcción empezará ordenadamente por la base de conceptos fundamentales y, tras la progresión de pertinentes restricciones de aspecto científico, se llegará a la cúspide donde se encuentra la lengua con las características que la especifican.

2.2.1. La teoría de la información

No hace todavía 25 años que apareció la teoría científica de la información. La sistematización teórica había ido precedida por matizaciones oportunas aportadas por diferentes pensadores, cuyos nombres podemos encontrar en los 50 años precedentes y pertenecientes a la filosofía, a la psicología, a la antropología, a la lingüística; en general, a las ciencias humanas.

En efecto, diríamos que la teoría de la información o teoría de la comunicación ha sido motivada por ese campo de la ciencia y, por rechazo, ha ejercido poderosísima influencia en el desarrollo del mismo. Así, en lo que a nosotros compete directamente, es de primordial importancia en la lingüística.

La información, como comunicación, supone un proceso. Veamos los elementos esenciales que aparecen en el mismo.

Primeramente, un código, conjunto de señales (cfr 2.2.2.) que, por un lado, es arbitrario y, por otra parte, debe estar organizado perfectamente de antemano.

El proceso de comunicación que emplea ese código, precisa de un canal para la transmisión de las señales. Puede ser una banda de frecuencias hertzianas, como en los canales de televisión; o la luz; o el sonido audible que emplea el lenguaje y que tendremos que analizar detalladamente más adelante, como parte importante de nuestra asignatura (cfr parte 5.).

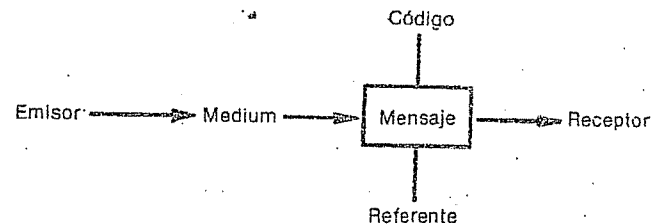
En tercer lugar debemos considerar el emisor, que puede ser un instrumento pero que en nuestra lingüística es una persona. Esta persona elige y selecciona las señales que

le convienen, es decir, realiza un proceso de codificación que desarrollaremos luego en algunos de sus detalles.

En cuarto lugar, un receptor, también instrumento o persona, en nuestro caso persona, que descifra e interpreta.

Naturalmente, este proceso implica una necesidad de comunicar, aspecto exterior al proceso que incide sobre el emisor y es del dominio de la psicología. Igualmente, tiene que haber algo que comunicar; diríamos que es lo más importante, pues es el contenido. Y, además, todo el proceso, con sus aspectos previos y sus consecuencias, motiva un mensaje.

Gráficamente, según el esquema clásico de R. Jakobson:



Pero continuemos en la comunicación misma. El principio básico supone una posibilidad de elección, que hemos señalado en el emisor, el cual selecciona a partir de una serie de alternativas. El receptor, teniendo en cuenta esas mismas alternativas, podrá interpretar adecuadamente el contenido del mensaje.

El contenido informativo varía en proporción inversa a la probabilidad. Es decir, cuanto más previsible sea la aparición de una unidad comunicativa, menos contenido informativo aportará. La lingüística aplica este hecho al campo de la estilística: una metáfora hecha y muy conocida comunica menos que una metáfora de original y lograda elección por parte de un autor.

Al mismo tiempo, la eficacia de la información se fundamenta en una relación inversa entre la extensión de la unidad de comunicación y la probabilidad de aparición. Este principio general de la teoría informática, que ha sufrido matizaciones, se manifiesta en el hecho empíricamente observado de que las palabras o frases empleadas más frecuentemente tienden a acortarse. Como ejemplificación, consideremos este caso múltiple. A un conferenciante que habla extensamente y nos va diciendo lo que ya sabemos y esperábamos, lo tildamos de «rollo»; en efecto, no hay relación inversa, sino directa: mucha extensión y mucha probabilidad originan poca información. Pero, si habla mucho y aduce unidades de poca probabilidad, nos comunica mucho y decimos que es «interesante». Si habla poco, con unidades de poca probabilidad, puede ocurrir que se comunique con gran eficacia; lo calificaremos de «escueto», pero sugerirá y actualizará en nuestra mente mucha información. No obstante, si en brevedad aparece una unidad poco esperada, tenemos la ocurrencia, la salida, la «boutade», el «golpe», de gran valor psicológico, quizá, pero no precisamente de gran eficacia informativa.

Finalmente, debemos considerar la redundancia en la codificación del mensaje. Es debida a un margen de seguridad. Consiste en un desequilibrio entre el contenido informativo y la cantidad de distinciones requeridas para identificarlo. Obsérvese, y lo veremos más adelante de manera precisa, que en el lenguaje humano se da con mayor frecuencia que en la codificación mecánica o instrumental, por ejemplo, en un semáforo.

2.2.2. Los medios de comunicación

Es obvio que cualquier persona quiera contar algo, expresar algo en cierto momento. Ese «algo» constituye el contenido de su comunicación; la forma de que se valga para transmitir ese «algo» vendrá a ser el medio de comunicación, pues, en la realidad, suelen ser múltiples y variados a la vez que simultáneos y mutuamente complementarios, incluso con aspectos redundantes parcial o totalmente, según ya hemos señalado (cfr 2.2.1.).

La lingüística ofrece una serie de criterios concretos para poder precisar de manera neta qué se entiende por comunicación. Hacia esos criterios nos encaminamos en estos apartados.

En primer lugar se impone una distinción fundamental entre los fenómenos que implican intención comunicativa y los que no la implican.

Propondremos un ejemplo: un domingo voy a pasar el día en la sierra con un grupo de amigos. A mediodía, percibimos una columna de humo que sale del otro lado de la montaña, que cada vez se va haciendo más espesa. Inmediatamente pensamos: hay fuego; ha habido algún imprudente y esa humareda supone un importante destroz forestal. En este ejemplo observaremos que hemos interpretado un fenómeno cuyo autor no tenía intención comunicativa, no quería transmitirnos ningún mensaje con ese humo como medio de comunicación.

Paralelamente, y continuando el ejemplo, imaginemos la multitud curiosa congregada en la plaza de San Pedro de Roma, mientras el Cónclave está reunido eligiendo Papa. En esto, por la chimenea del Vaticano empieza a salir humo. La muchedumbre de la plaza se preocupa inquieta. En efecto; ese humo, ¿negro? o ¿blanco?, tiene intención comunicativa.

Debemos distinguir, pues, entre lo que podemos llamar índice: hecho inmediatamente perceptible que nos hace conocer algo acerca de algo, como el humo que vimos en la sierra; frente a lo que denominaremos señal: hecho producido artificialmente para servir de índice, como el humo de la chimenea del Vaticano.

Puesto que, según se habrá observado, discurrimos a base de inclusión y exclusión, véase que toda señal es índice, pero no todo índice es señal.

La interpretación de los índices y señales constituye la tarea de toda ciencia de observación. Cada una de estas ciencias matizará en su dominio propio las características necesarias para distinguir entre índice y señal, para precisar lo más exactamente posible la intencionalidad.

Ejemplifiquemos la diferencia que estamos exponiendo, considerando una parte del trabajo de un médico en cuyo quehacer se ha ejercitado al cursar la asignatura de su carrera que se llama semiología médica. Cuando un médico recibe o va a visitar a un enfermo, lo ausculta para observar los síntomas o índices: 39° de temperatura, dolor en la espalda, vómitos, ... indicios que, es obvio, no llevan a ninguna intención comunicativa hacia el médico por parte del enfermo. Además, el médico puede producir señales, apretando en un lugar preciso del cuerpo, motivando reflejos, etc. Con los índices y señales el médico interpretará y dará el diagnóstico y aconsejará los remedios oportunos.

Se habrá entendido ya la diferencia entre lo que no es comunicación, pues no conlleva intención comunicativa, que eliminamos ya de nuestro discurrir, y lo que entraña intención comunicativa, con lo cual continuaremos.

Un breve paréntesis antes de continuar, para subrayar la dificultad de cómo saber o bien interpretar la intencionalidad a fin de clasificar un fenómeno como índice o como señal comunicativa. En efecto, en el ejemplo del humo, imaginemos a un explorador que,

al verlo, lo interpreta como índice de fuego, sencillamente, cuando en realidad se trata de un indio que está comunicándose con su compañero; o, inversamente, el explorador lo interpreta como señal y empieza a temer, cuando en realidad el indio sólo quiere asar la caza conseguida.

Cada ciencia de observación tiene que intentar resolver este problema de interpretación de los hechos captados empíricamente. En otro nivel científico, bien se conoce en filosofía la afirmación constante de Husserl de que el tema de intencionalidad es el problema esencial que sirve de nexo a todos y cada uno de los problemas fenomenológicos, aunque la solución no sea tan conocida. Conscientes, pues, de la dificultad de probar en ciertos casos la existencia de una intención comunicativa, cerramos el paréntesis y seguiremos matizando los medios de comunicación que sí tienen una intención comunicativa explícita e innegable.

2.2.3. Los sistemas de comunicación

Es patente la importancia que han tomado hoy los medios de comunicación de masas, los «mass media». Cualquier medio de comunicación influye sobre la colectividad en que incide y, a su vez, queda influido por las reacciones y acontecimientos de esa colectividad. Éste es un principio dialéctico al que ningún medio de comunicación puede sustraerse, tal es la interacción en el campo de las ciencias humanas, según ya hemos subrayado (cfr 2.1.2.).

Si bien pensamos, continuamente estamos haciendo uso de medios de comunicación en la sociedad humana que formamos y en que vivimos (cfr 2.1.3.). Así, la inclinación de cabeza y la sonrisa amable a la persona conocida con que nos cruzamos; el bocinazo del coche al peatón imprudente; el apretón de manos entre dos personas; el semáforo en rojo o en verde; el «buenos días» que pronuncio, ... son otros tantos fenómenos que suponen una intención comunicativa y constituyen medios de comunicación.

Y más. El reír, las lágrimas, la mímica, ...; la pintura, la música, la escultura, el cine, ... pueden ser medios de comunicación. Por eso, precisamente, oímos a veces: ese cuadro no me dice nada, esa película está cargada de mensaje, ... Estamos inmersos en medios de comunicación que a diario empleamos, ya como emisores, ya como receptores.

Pero vamos a profundizar un grado más en ellos, aduciendo una nueva matización restrictiva. En ese cúmulo de medios de comunicación podemos distinguir los medios no sistematizados, los cuales no responden a una serie de reglas fijas, frente a los medios sistematizados, que funcionan según un código de normas, una serie de reglas estrictas y específicas.

Así, de los ejemplos anteriormente citados, podríamos señalar medios asistemáticos, quizá con alguna regla fija básica pero con empleo de otras normas individuales y no codificadas, ocasionales, como en la pintura, en la música, en el cine... A veces no entendemos, o entendemos menos de lo que se ha querido decir. Claro que la experiencia de interpretación nos va haciendo comprender cada vez más, aunque, a veces, entendamos más de lo que el autor ha querido comunicar. En estos medios no sistematizados, el código común y exhaustivo de reglas no existe, aunque no cabe la menor duda de que se van paulatinamente sistematizando.

Sin embargo, en el caso del semáforo sí encontramos un conjunto acabado de reglas fijas sistematizadas. Sólo hay tres colores: rojo, amarillo, verde; cada uno de estos colores

significa una sola cosa; es, pues, un medio de comunicación sistemático, con un código de reglas, donde cada norma tiene un único valor, valor idéntico para todos los individuos que han aprendido el sistema. Estamos ante un sistema de comunicación, el cual, a través de un código de reglas finitas o acabadas, llega a estar formalizado. Lo cual hace que podamos emplear, para comunicar o para interpretar, de manera exhaustiva y social, todo tipo de signos que respondan al código común preestablecido.

La lengua, según veremos, constituye también un sistema de comunicación.

2.2.4. La semiología y la lingüística

La semiología es la ciencia que trata de los sistemas de comunicación dentro de las sociedades humanas.

Ferdinand de Saussure, que ha sido considerado como el padre de la lingüística estructural moderna (cfr 3.1.), fue el primero que habló de la semiología y la define como «una ciencia que estudia la vida de los signos en el seno de la vida social». Añade inmediatamente: «ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano».

Si fuéramos retóricos, diríamos que este texto de 1915 es una profecía científica: ¡tal es hoy la importancia de este campo del saber actual! Téngase en cuenta la relación de los sistemas de comunicación con las ciencias humanas, en general, y con el hombre, en particular (cfr 2.1.2.).

Hacia la misma época, el americano Ch. S. Peirce concibe igualmente una teoría general de los signos, que llama semiótica.

F. de Saussure subraya la función social del signo, Ch. S. Peirce insiste en su función lógica. Pero los dos aspectos se ven en estrecha relación. Hoy la investigación llamada semiológica o preferiblemente semiótica se centra en el estudio de la naturaleza de los sistemas autónomos de comunicación así como en el lugar que ocupa en el saber humano; y no faltan ensayos teóricos que reflexionan acerca del estatuto epistemológico de los sistemas semióticos.

El mismo F. de Saussure insiste en que la lingüística es una parte de la semiología. Las leyes que ésta vaya descubriendo serán aplicadas al estudio de la lingüística. Ahora bien, la lingüística trata de un sistema de comunicación, el lenguaje humano, que no sólo es el sistema de comunicación más extendido, sino también el más complejo y el más característico de todos. Por ello, la lingüística puede ser el modelo general de toda la semiología, aunque únicamente sea un sistema particular incluido en esa ciencia.

Hay una costumbre hoy, demasiado extendida, de considerar como equivalentes lenguaje y semiología. Se cae en el error de considerar que el mismo fin implica los mismos medios. Y nada más alejado de la realidad: ya hemos visto que el lenguaje es semiología, pero no toda la semiología es lenguaje. Muchas publicaciones, algunas de ellas verdaderamente valiosas, titulan lenguaje donde debieran decir semiología o semiótica. Este empleo puede quedar justificado, especialmente en libros de divulgación del término semiología o semiótica, por evitar el litigio vano de la doble nomenclatura o por la razón antedicha de que la semiología lingüística sirve de pauta a la semiología general. Sin embargo, conviene que nosotros lo diferenciamos terminológica y científicamente.

Vamos, pues, a detallar las funciones que R. Jakobson analiza en el lenguaje como sistema de comunicación.

La función referencial es base de toda comunicación pues si no hay algo que comunicar, no existe comunicación. Esta función define las relaciones entre el mensaje y la idea u objeto al cual se refiere. Se ha de notar que este análisis de lo que se comunica está a un nivel extralingüístico.

En efecto, si estas relaciones son objetivas, observables y verificables, se da también lógica; cuando no sean objetivas, sigue habiendo comunicación pero con error por parte del emisor si éste cree que se da la objetividad, aspecto que matiza la ciencia que corresponda al objeto o idea en cada caso; o con mentira por parte del emisor persona si intenta engañar al receptor, aspecto que compete a la ética. Pero, insistimos, sigue habiendo comunicación, sigue existiendo la función referencial ya haya verdad lógica o no, ya haya verdad ética o no. Obsérvese que un semáforo averiado sigue comunicando, aunque con error, y no es que mienta.

La función emotiva define las relaciones entre el emisor y el mensaje. Expresa la actitud del emisor ante el objeto.

No hay que confundir esta función con la manifestación espontánea de sentimientos que generalmente no entraña intención comunicativa, aunque la comunicación podrá utilizarse. Así, por ejemplo, pronunciar un «taco» espontáneo, que nos ruboriza a causa de los presentes, no lleva intención comunicativa, es simple expresión (cfr 2.2.6.); pero se puede «echar un taco» para impresionar oportunamente y ahí sí hay intencionalidad comunicativa (cfr 2.2.2.).

La función conativa define las relaciones entre el mensaje y el receptor. Cualquier comunicación pretende obtener una reacción del receptor.

Cuando se dirige a su inteligencia, se trata de organizar la acción en común: así en el código de circulación, por ejemplo. Cuando se encamina al sentimiento del receptor, se intenta conseguir su participación: así en los códigos estéticos, como la música, por ejemplo. Esta distinción es importantísima en la lengua y la tendremos muy en cuenta al sistematizar la gramática.

La función estética que se define como la relación del mensaje con él mismo. Se da esencialmente en las artes donde el referente es el mensaje que deja de ser instrumento para hacerse objeto: así sucede, por ejemplo, en la poesía pura.

La función fática cuyo fin es consolidar, detener o mantener la comunicación. El referente del mensaje fático es la comunicación misma. Ejemplo típico puede ser la muletilla que algunos emisores ponen cada dos palabras, como «¿verdad?»; o la insistencia del intermitente de una ambulancia.

La función metalingüística que sirve para situar el signo en el código donde adquiere valor comunicativo. Así, cuando precisamos, por ejemplo, «semiología, en el sentido médico de la palabra».

Todas estas funciones concurren simultáneamente, mezcladas en diversas proporciones y con preponderancia de unas u otras según el tipo de comunicación.

2.2.5. El lenguaje animal y el lenguaje humano

En la matización de restricción progresiva de términos conceptuales que vamos señalando, llegamos al lenguaje humano y su relación con la lengua.

Por lo ya explicado, se podrá deducir que la noción de lenguaje de las flores, lenguaje del paisaje,... sólo existe por un abuso de términos. Si nos referimos al lenguaje de los colores, el lenguaje de la arquitectura,... hay que suponer una intención comunicativa que puede darse y se da a menudo.

En los códigos sistematizados, como en el código de la circulación, que combina tres colores: rojo para prohibición, azul para autorización y amarillo para precaución, con tres formas: circular para prescripción, triangular para peligro y rectangular para información, encontramos ya una información objetiva. Pero no podríamos decir que todos los sistemas de comunicación son lenguaje.

¿Y en los animales? Por el momento ha sido imposible establecer si los animales disponen de un instrumento de comunicación aunque sea rudimentario, que tenga los caracteres del lenguaje humano y realice sus mismas funciones. Se investiga con los castores y se recogen muestras a través de los micrófonos instalados en sus jaulas. Entre los cuervos se han documentado unos 60 signos acústicos con valor específico, pero no se ha hallado todavía una combinatoria sistematizada. Igualmente en la comunicación entre los delfines: la función emotiva de sus signos comunicativos es bien conocida y con consecuencias vitales. Ya en el siglo XVI decía el poeta:

«Si los delfines
mueren de amores
¿qué harán los hombres
que tienen tiernos
los corazones?»

Parece ser que, a pesar de sus emisiones sonoras, las condiciones fundamentales del lenguaje comunicativo no han sido halladas aún en los animales.

El problema se presenta de diferente modo en el mundo de las abejas. E. Benveniste nos informa sobre las investigaciones de resultados fascinantes que Karl von Frisch ha llevado a cabo durante treinta años y que publicó en 1950. Este profesor de zoología ha observado en una colmena transparente el comportamiento de una abeja que vuelve con su botín de néctar o de polen. Inmediatamente queda rodeada por sus compañeras que le tienden las antenas y le recogen polen o néctar. Luego, la abeja descubridora realiza unas danzas en medio de sus compañeras: aquí está la comunicación. Traza en su baile unos círculos horizontales de derecha a izquierda y de izquierda a derecha; o bien, al mismo tiempo que agita su abdomen, marca una especie de 8: va derecha, traza un círculo girando hacia la izquierda, corre de nuevo en dirección recta y traza otro círculo girando hacia la derecha. Tras estos bailes, una o varias abejas de la colmena salen y van al mismo lugar visitado por la abeja descubridora, las cuales, al volver, ejecutan a su vez sobre los panales danzas similares.

Después de miles de experiencias de paciencia y rigor admirables, el profesor Frisch ha deducido que los bailes comunican la situación del azúcar: el círculo anuncia que se encuentra a poca distancia, a unos cien metros como máximo; el 8 señala que el néctar se sitúa entre 100 metros y hasta 6 km. Ahora bien, esta distancia se precisa en razón

inversa entre el trayecto y las figuras que traza en un tiempo determinado: dos vueltas para 6 km, cuatro vueltas y media para 1 km, siete vueltas para 200 metros, unas diez vueltas para 100 metros, y cuanto mayor es la distancia, más lenta es la danza; y, además, el eje del 8 con relación al sol señala la dirección.

Nos encontramos, por primera vez, con un lenguaje animal. En efecto, hay un mensaje, hay un código, hay un emisor y un receptor con memoria de experiencia y capacidad de interpretación de un signo que envía a un cierto referente.

Sin embargo, hay diferencias importantes con el lenguaje humano. Primeramente, el lenguaje de las abejas es únicamente con comportamiento somático en forma de baile; el lenguaje humano no tiene esa limitación: es principalmente oral y vocal, también gestual o mímico, mucho más variado en medios de comunicación. En segundo lugar, y esto es más importante, no hay respuesta en el lenguaje de las abejas: no hay diálogo; únicamente la abeja descubridora transmite el mensaje. En cuanto al contenido, siempre se trata del mismo, el alimento, y los referentes siempre son los datos espaciales; mientras que en el lenguaje humano no se da esa relación necesaria entre la referencia objetiva y la forma lingüística. Y una última característica, que opone profundamente ambos lenguajes: el mensaje de las abejas no se deja analizar en componentes y el lenguaje humano se caracteriza precisamente por la posibilidad de análisis de sus elementos formadores y por la combinación múltiple y económica de esos elementos, de manera que con un número bastante reducido de unidades se obtiene un cúmulo de comunicaciones variadas.

2.2.6. El lenguaje y la lengua

Lo expuesto en el apartado anterior nos hace considerar el lenguaje humano.

En una consideración amplia y general, tal como la encontramos en O. Jespersen, lenguaje humano es cualquier medio de comunicación entre los hombres, seres vivos.

Yendo hacia mayor precisión, teniendo en cuenta que estamos ya en un medio de comunicación sistematizado (cfr 2.2.3.), la primera distinción que debemos señalar es la existente entre un sistema de comunicación directo, como es nuestro lenguaje humano, y un sistema de comunicación sustitutivo, como el de la escritura, que, su nomenclatura lo dice, sustituye al código por un segundo sistema que vehicula el mensaje en forma de signos gráficos.

El lenguaje humano es prioritariamente directo. Esta característica tiene una serie de implicaciones; es oral, o vocálico (de voz); pide la presencia simultánea del emisor y del receptor del mensaje; hace posible o da lugar a una respuesta originándose el diálogo... El sistema sustitutivo no ofrece esas características específicas y limitadoras, como puede observarse en la transcodificación que supone el lenguaje gestual de los sordomudos o cualquier tipo de escritura.

Sin embargo, el lenguaje humano no sólo es oral; puede ser también mímico. Por ejemplo, puedo llamar a otra persona por medio de una comunicación oral: ¡ven!; o por medios gestuales manifestados con la mano o con la cabeza. De todas maneras, hay otras razones, que veremos inmediatamente, que dan preponderancia determinante al hecho de ser oral, o sea, articulado.

El lenguaje humano, objeto de la lingüística, es un sistema de signos que expresan ideas a través de un mensaje, ligado a una actividad interior humana. Supone una relación con lo psicológico y otras vivencias humanas y requiere la participación de ciertos órganos fisiológicos cuyo mecanismo pertinente explica.

La lingüística es la ciencia que estudia el lenguaje humano. El lingüista se ocupa, pues, de esa facultad que tienen los hombres, y sólo los hombres hasta que no se descubra en otros seres, de entenderse y dialogar comunicándose por medio de signos. El fin de esta ciencia es el estudio de la estructura y de la evolución del lenguaje humano en la complejidad de su funcionamiento y en su manifestación en lenguas diversas, así como su interacción con las demás ciencias humanas.

Finalmente, para hacer explícitas las razones que arriba hemos anunciado y que subrayan el carácter oral del lenguaje humano, vamos a referirnos a un concepto que debemos al lingüista francés A. Martinet: la doble articulación del lenguaje. Como se verá, se trata de una característica tan específica del lenguaje humano, en cualquiera de sus variedades de lenguas distintas, que lo diferencian perfectamente de cualquier otro tipo de lenguaje.

La noción de articulación del lenguaje se manifiesta en dos diferentes niveles. La primera articulación del lenguaje es aquella con arreglo a la cual todo hecho de experiencia que se vaya a transmitir, se analiza en una sucesión de unidades, dotadas cada una de una forma vocal y de un sentido. Por ejemplo, si me preguntan dónde tengo el libro, puedo responder: *está en la mesa*. Ahora bien, cada uno de estos cuatro elementos, que he reunido en esta frase para comunicar dónde está mi libro, puedo emplearlos en muchos otros contextos para manifestar otras experiencias: *está la mesa rota, me siento en la mesa, está en lo cierto, la mesa es grande...*; experiencias independientes en su contenido total pero cuyas formas tienen algún elemento común de los cuatro del primer ejemplo.

Es patente la economía que representa esta primera articulación. Imaginémosnos la cantidad de formas que tendríamos que memorizar si el sistema estuviera organizado de manera que correspondiera una unidad, con su forma vocal y contenido, a cada una de las infinitas posibles situaciones de experiencia.

La experiencia personal se analiza en una sucesión de unidades; cada una de estas unidades es de débil especificidad pero es conocida por todos los miembros de la comunidad lingüística que las emplean en variadas y múltiples ocasiones.

Pero aún hay más. Cada una de esas formas puede analizarse en una sucesión de unidades menores, cada una de las cuales puede contribuir a originar un sentido. Así, en *está la mesa rota*, compárese *mesa* con *musa*, con *meta*, con *cesa*, con *mes*, con *remesa*... Ésta es la segunda articulación. Su economía es evidente. Si tuviéramos que hacer corresponder a cada unidad significativa mínima una producción vocal específica, necesitaríamos distinguir tal número que las posibilidades articulatorias y auditivas no lo abarcarían.

Gracias a la segunda articulación las lenguas pueden limitarse a algunas decenas de producciones fónicas distintas que se combinan para obtener las formas vocálicas de las unidades de la primera articulación. Obsérvese que en el primer ejemplo *está la mesa rota*, se ha empleado cuatro veces la forma vocálica *a*, dos veces *e*, otras dos veces *t*, pero en diversa combinatoria. Incluso, detalle que no habrá pasado inadvertido, si a la combinatoria *mes*, a cuya forma vocálica corresponde un sentido, le añado *a* al final, tengo otro contenido cuya forma ha empleado la sucesión ya hecha *mes*. Lo mismo sucede en *remesa*, otro sentido cuya forma ha añadido *re* al principio de la combinatoria, la cual forma *re* se empleará en otras múltiples ocasiones.

De este discurrir, A. Martinet deduce el concepto de **monema**, unidad de dos caras: el sentido o valor de significación y la forma vocálica compuesta de unidades de la segunda articulación.

No hay que confundir monema con palabra, aunque puede ocurrir que coincidan.

El monema es una primera sucesión de formas, conjunto que se memoriza, en construcción en serie y en sentido, y que luego se emplea en varias o en bastantes palabras. Por eso, en una lengua dada hay muchos menos monemas que palabras. He oído al mismo A. Martinet afirmar que en francés hay unos 5.000 monemas y en inglés sólo unos 850. Esto hace suponer la sencillez teórica, al nivel que estamos considerando, de la lengua inglesa frente a la lengua francesa. Además, también teóricamente, a mayor economía mayor perfección, entendiendo por perfección de una lengua la posibilidad de transmitir con menos esfuerzo todas las experiencias pero de manera que, al mismo tiempo, se capten en el mayor grado posible de exactitud de sentido.

Todo lo que hemos expuesto puede aplicarse a todas y cada una de las lenguas que existen en el mundo conocido. Cada lengua es una variedad específica del lenguaje humano, pero todas se rigen por estos mismos principios lingüísticos.

He aquí una definición tradicional de lengua que vamos a glosar aplicando las nociones explicadas en este capítulo.

Una lengua es un sistema de signos que sirve como instrumento de expresión y de comunicación directa entre los miembros de una comunidad lingüística.

La comunidad lingüística se refiere al grupo social que emplea el mismo instrumento, la misma lengua. Los miembros que la componen serán emisores y receptores, dialogarán entre sí, se transmitirán sus experiencias valiéndose del mismo código. Será su sistema organizado de comunicación mutua. El mismo sistema emplearán para su expresión, aunque en este caso no haya intención comunicativa. La comunicación será directa, es decir, oral y articulada.

El sistema es de signos. Es de capital importancia conocer bien qué es un signo lingüístico. Para recordar este conjunto de conocimientos, propios de una visión de lingüística general, y para repararlos en orden a nuestro interés posterior, dedicamos la parte 3. Como resultado final, todo quedará entrelazado en mutua explicación complementaria.

2.2.7. Bibliografía

- R. BARTHES: *L'aventure sémiologique*. París, Seuil, 1985.
- F. CASETTI: *Introducción a la semiótica*. Barcelona, Fontanella, 1980.
- E. COSERIU: *El hombre y su lenguaje*. Madrid, Gredos, 1977.
- S. HADEN ELGIN: *¿Qué es la lingüística?* Madrid, Gredos, 1977.
- L. HJELMSLEV: *El lenguaje*. Madrid, Gredos, 1971.
- J. LYONS: *Introducción al lenguaje y a la lingüística*. Barcelona, Teide, 1984.
- B. MALMBERG: *La lengua y el hombre. Introducción a los problemas generales*. Madrid, Istmo, 1985, 9.ª ed.

2.3. LA LINGÜÍSTICA Y OTRAS CIENCIAS CONEXAS

A fin de delimitar el campo que compete a la lingüística, vamos a trazar las fronteras difusas y las relaciones de inseparabilidad con otras ciencias conexas. Mantienen tal interrelación que sus dominios propios se compenetran y se superponen en la realidad del estudio científico.

Es obvia la conexión de nuestra lingüística del español con las lenguas clásicas o con las lenguas modernas, cuyo estudio simultanea el estudiante universitario. Cada lengua ofrece su estructura propia; más fácil será la comprensión de la estructura de otra lengua

si se conoce científicamente el sistema de la lengua española que se usufructúa ya pragmáticamente como lengua nativa.

La conexión de la Lingüística con la Literatura es indudable. Resumiendo su personal experiencia, L. Spitzer nos dice: «A través de la lingüística, por la que había comenzado, me abrí camino hasta el jardín encantado de la historia de la literatura y descubrí que hay también un jardín encantado en la lingüística, igual que en la historia literaria un laberinto; que los métodos y grados de certeza son fundamentalmente los mismos en ambas disciplinas.» Y R. Jakobson es tajante en su conclusión: «Un lingüista que preste oídos sordos a la función poética del lenguaje y un estudioso de la literatura indiferente a los problemas lingüísticos y no familiarizado con los métodos lingüísticos son anacronismos flagrantes.»

Al lado de estas relaciones en innegable dependencia mutua, se instalan otras ciencias en clara interrelación cuyos contenidos específicos vamos a señalar someramente.

2.3.1. Filología y lingüística

Una característica esencial del romanticismo fue su sed insaciable de conocimientos; conocerse a sí mismo y conocer el mundo exterior. Desde este deseo, el estudio de la Historia alcanza un desarrollo excepcional.

En el conjunto de preocupaciones científicas por la lengua, la historia y la literatura nace hace dos siglos la filología que se dedica al estudio e interpretación de los textos literarios, tanto antiguos como modernos, para obtener su edición crítica. Se vale de otras ciencias auxiliares, como la paleografía; y, en la búsqueda de una mayor perfección en la interpretación del contenido de los textos, la etimología que estudia el origen de las palabras.

En una más amplia visión investigadora se encuentra la comparación de las lenguas para alcanzar la precisión de su tipología, además de la reconstrucción de sus orígenes y de sus estados anteriores, así el indoeuropeo, reconstrucción tanto externa como interna. Esto supone ya el nacimiento de la lingüística que, por lo tanto, brota de la filología y se preocupa especialmente del aspecto immanente del sistema.

En cuanto a la historia de la lengua española, debemos señalar la transcendencia de Ramón Menéndez Pidal (1870-1969), jefe de escuela y animador de los estudios filológicos y lingüísticos hasta sus cien años, elogiado como el gran neogramático español. Su larga vida le permitió conocer la evolución metodológica posterior. Sus obras testimonian un buen conocimiento de cada tendencia, al mismo tiempo que una cierta independencia frente a ellas. Reorganiza un método original: la combinación del análisis histórico y filológico al lado de las relaciones de la lengua con la cultura, la literatura, la historia, la geografía y las tradiciones populares. Su discípulo Rafael Lapesa prosigue con profundo rigor y admirable perseverancia esta tarea.

2.3.2. La dialectología

La dialectología investiga las variantes que aparecen en el uso de una lengua. Las divergencias pueden ser más o menos profundas, variantes regionales diferenciadas,

(cfr 4.1.2.) que, no obstante, quedan definidas en el mismo sistema lingüístico, corresponden a la misma lengua.

La dialectología se convierte en uno de los métodos más fecundos de la filología moderna. Parte de la realidad tangible y empíricamente documentable de la lengua: su habla. Y aporta detalles socioculturales de gran interés para el filólogo, para el antropólogo o para el etnólogo.

La organización diatópica de los datos que recoge la dialectología, conduce a su complemento científico: la geografía lingüística que se plasma en los atlas lingüísticos. Éstos se elaboran por medio de un sistema de encuestas, previamente programado en un cuestionario o lista de preguntas que los exploradores lingüísticos recogen, en trabajo de campo, directamente de informantes representativos en cada uno de los puntos geográficos de una zona territorial. Las respuestas documentadas se recopilan en forma de cartografía lingüística: se trazan las isoglosas, fronteras horizontales de una variedad coincidente de uso de un término léxico o de un fenómeno lingüístico concreto, que permiten establecer su expansión y observar los cambios experimentados.

2.3.3. La sociolingüística

Dentro de pocos años la mitad de la población mundial vivirá en las ciudades. En lo urbano conviven en simultaneidad las variantes lingüísticas en una mezcla heteroclitica. Por ello, en paralelismo a la atención dialectológica por las variedades diatópicas en horizontalidad geográfica en lo rural, aparece la preocupación de los lingüistas por las variedades diastráticas en la verticalidad social de lo urbano: son los estratos socioculturales, generacionales y de sexo.

En esta visión del uso lingüístico brota a mediados de nuestro siglo XX la sociolingüística. La sociolingüística trabaja por descubrir qué leyes o normas sociales determinan el comportamiento lingüístico en las comunidades humanas. En la conexión existente entre la pluralidad lingüística y la pluralidad social, ya que la lengua posibilita el grupo social, nace un comportamiento de vecindad interrelacionante.

El grupo social practica un permanente cambio de las normas lingüísticas. Aparecen así las variantes, variedades propias de los diferentes estratos y la elaboración simbólica de unos valores sociolingüísticos. La sociolingüística trata de determinar qué valores simbólicos ofrecen las variedades lingüísticas, así como qué comportamiento social se apoya en ese distinto comportamiento lingüístico. En el espacio social heterogéneo la función comunicativa se manifiesta a través de un sistema multidimensional que se apoya en la variabilidad de diversas actuaciones lingüísticas acomodadas a los diferentes subgrupos sociales donde adquieren un valor simbólico sintomático.

2.3.4. La lingüística aplicada

Debemos dar noticia, aunque breve, de los aspectos pragmáticos que derivan o están en relación con la teoría lingüística: todos ellos se engloban en la lingüística aplicada.

La descripción de cada lengua puede alcanzar mayor perfección gracias a la aplicación de los rigurosos criterios de formalización de la teoría lingüística.

Los medios técnicos de comunicación hacen hoy mucho más directas las interrela-

ciones humanas. Los progresos de la ciencia lingüística, al alimón con la vulgarización de aparatos electroacústicos, repercuten en la elaboración de estrategias de aprendizaje de segundas lenguas y han revolucionado la metodología para la adquisición de las destrezas necesarias en el uso de esas lenguas.

En fin, un experto lingüista puede aportar valiosa ayuda a la aplicación técnica: desde la construcción de aparatos acústicos como correctores de sordera, hasta los sistemas de comunicación de masas como lenguajes publicitarios.

2.3.5. La traducción automática

En su maravillosa ciencia-ficción Julio Verne no llegó a imaginar la máquina traductora. Ésta es otra de las llamativas consecuencias de la técnica al unísono de la programación científica de la lengua.

En 1933 el ruso Trojansky patenta en Moscú un invento que, según decía, permite traducir simultáneamente y a distancia varias lenguas. Pero no obtiene la adhesión pedida a los lingüistas rusos en 1939.

En 1946, aplicándose los métodos de descodificación empleados en la segunda guerra mundial, se prepara una traducción «palabra por palabra»: será una traducción mecánica de léxico únicamente, como un diccionario en una calculadora. Se añade en 1948 algo de sintaxis: formas verbales, género y número codificados.

En 1949 se aprovecha el concepto de «constantes estadísticas» que proporciona la teoría de la información, junto con las «constantes semánticas» entre lenguas diversas y con las «constantes lógicas», constantes todas que corresponderían a los mismos caracteres fundamentales del cerebro humano.

Los trabajos se multiplican y darán un resultado viable en la traducción del ruso al inglés valiéndose de una calculadora IBM 701, un vocabulario de 250 palabras y 6 reglas gramaticales: es en 1954 en la Universidad de Georgetown de Washington. En 1955 se realiza una demostración similar en Moscú, resultado de los trabajos del Instituto de Precisión y Cálculo.

Desde entonces, grandes avances se han hecho con el logro de prototipos que son capaces de realizar muchas funciones de la traducción automática. Pero siguen latentes también grandes dificultades para hacer comprender al ordenador el complejo sistema lingüístico de los significados del lenguaje natural humano en su dúctil polisemia.

El progreso de la traducción automática será paralelo al progreso que se alcance en el campo de la lingüística computacional en relación con la inteligencia artificial.

2.3.6. Bibliografía

- E. COSERIU: *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid, Gredos, 1973, 3.ª ed.
- E. COSERIU: *Sincronía, diacronía e historia*. Madrid, Gredos, 1978, 3.ª ed.
- E. DELAVENAY: *La machine à traduire*. París, PUF, 1972.
- L. HJELMSLEV: *Sistema lingüístico y cambio lingüístico*. Madrid, Gredos, 1976.
- W. LABOV: *Modelos sociolingüísticos*. Madrid, Cátedra, 1983.

3. BASES METODOLÓGICAS